



EL ANIMAL POLÍTICO

Borgida, Eugene, Federico Christopher y John Sullivan (Eds.)

The political psychology of democratic citizenship

Nueva York, Oxford University Press, 2009, 388 p.

Los dieciséis trabajos –recopilados por tres investigadores de la Universidad de Minnesota– que se reúnen en este libro cubren varios aspectos del ser humano en las democracias, como son la psicología del aprendizaje cívico, la naturaleza del conocimiento valioso para la acción cívica, el impacto de los procesos automáticos en la toma de decisiones políticas, la respuesta de los ciudadanos a la retórica usada por los políticos, las estrategias de persuasión para movilizar la participación ciudadana voluntaria, el rol de las identificaciones grupales en las actitudes y comportamientos políticos, los efectos del reconocimiento en los agentes políticos, la influencia de los estereotipos en las relaciones intergrupales, el contacto interpersonal por la disminución del prejuicio racial y la relación entre las formas de presentación de la democracia en los medios de comunicación de masas y la participación política.

Esta lista da cuenta de la complejidad para el análisis que supone el abordaje de los procesos políticos desde la perspectiva de la subjetividad; hay que decir que ésta, de todas maneras, no es interpretada profundamente, debido a las limitaciones con que, al respecto, suele moverse la ciencia social estadounidense.

Si bien es cierto que hay características humanas universales, las condiciones del ser democrático en los Estados Unidos no son necesariamente similares a las de otras sociedades también denominadas democráticas. Este libro tiene la virtud de trabajar sobre un tema que apenas conocemos en otras lenguas y latitudes, de allí su valor.

La vida democrática, desde la perspectiva de la subjetividad, presenta complejidades que no siempre se distinguen en la teoría o en el análisis; sin embargo, hay quienes insisten en simplificarlo todo colocando uno o dos conceptos en el lugar de determinantes causales. Pasa eso, por ejemplo, con la *confianza*, ciertos autores dividen el comportamiento político y caracterizan la democracia según la confianza en el pueblo o en las elites. En los últimos tiempos, la idea de democracia participativa –otro concepto causal– también sirve para enunciar juicios éticos sobre la organización de la sociedad política. Se parte de la implícita aceptación de la desconfianza en los políticos y su capacidad para gestionar una solución adecuada a los problemas de las sociedades; la acción de los ciudadanos en este tipo de democracia se convierte en el eje de las decisiones e, indirectamente, repudia la

incapacidad de los dirigentes políticos. Las características ideales de los ciudadanos han sido retratadas en numerosos estudios: poseen conocimiento político y pericia en estos temas, comprenden y han internalizado las normas y los valores democráticos, se involucran en los asuntos políticos y mantienen un interés importante en ellos, participan en deliberaciones racionales. Pero este retrato es irreal. En el caso de los estadounidenses, los estudios empíricos muestran que sus ciudadanos poseen escasa información, no muestran actitudes políticas firmes y estables, no prestan atención adecuada a los asuntos políticos y, fundamentalmente, ostentan un nivel de simpleza muy alto en su condición de ciudadanos de una democracia. ¿Es necesario que busquemos un ciudadano más educado?, ¿se pueden transformar los valores? No deja de haber un cierto grado de paternalismo cuando los teóricos del comportamiento político respondemos de forma positiva a esas cuestiones. Sin duda que una democracia funcionaría mejor con ciudadanos dispuestos a sostenerla, pero los valores no pueden imponerse por represión o coacción.

154

Comparto la idea de que algunos políticos, no todos, no están interesados en provocar los cambios hacia una ciudadanía más activa y participativa, pero no creo que las condiciones se mantengan sólo por la existencia de este tipo de políticos. La participación de grandes masas en la historia forma parte

de los mitos de la política; la realidad es que siempre se ha tratado de grupos no muy numerosos de ciudadanos que, en todo caso, han contado con la pasividad del resto de sus conciudadanos. Y cuando tuvimos grandes masas en la calle, ya sea la Comuna de París o las masas hitlerianas, el balance no fue positivo. No tengo dudas sobre la necesidad de la acción ciudadana para la construcción de las instituciones democráticas, pero todavía es muy poco lo que sabemos sobre los fenómenos relevantes, especialmente los psicológicos, que involucran los intercambios entre los ciudadanos y su entorno político.

Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que las carencias señaladas no le impiden a los ciudadanos tomar decisiones en el ámbito político, concretamente: votar o desarrollar alguna otra actividad elemental de participación. Esa toma de decisiones en condiciones limitadas, con escasa información, bajo interés y empatías afectivas —más apasionadas que razonables—, son el alimento cotidiano de la vida democrática en los pocos países que se autodesignan así.

Sin dar una respuesta definitiva, pero tratando de avanzar lo más posible, este libro nos permite, además de conocer los aportes empíricos más adelantados en la actualidad, reflexionar sobre la condición más profunda del quehacer democrático.

José María Infante